

Credo: tras los pasos del arte y de la fe

XVIII edición de *Las Edades del Hombre*

Javier García-Luengo Manchado

Profesor de Historia del Arte

Coincidiendo con el año de la fe, la XVIII edición de *Las Edades del Hombre* no ha querido permanecer al margen de la invitación que Benedicto XVI formuló en su carta *Porta Fidei* para entender mejor nuestra fe, para vivirla más plenamente y, en definitiva, para dar testimonio de ella mirando a quienes nos precedieron en el camino de la Salvación a través de los siglos.

El Credo de los Apóstoles, epítome y recapitulación de las principales verdades del cristiano, es asimismo, como nos recuerda José M. Sánchez Caro, comisario de la exposición, una auténtica sinopsis de la historia del encuentro de Dios con el ser humano; por todo ello, el Símbolo de los Apóstoles se ha convertido en el perfecto eje argumental en torno al cual gira el discurso de la muestra que este año se celebra en la población abulense de Arévalo.

En efecto, como no podía ser de otro modo, *Las Edades del Hombre* halla nuevamente en el afán catequético, estético y devocional del arte sacro de ayer y hoy, un documento vivo de la historia y un certero testimonio de los hermanos en la fe de todos los tiempos, el vínculo idóneo para corresponder a la referida convocatoria de Benedicto XVI.

Credo es un afortunado eslabón de esa luenga cadena compuesta por otras exposiciones llevadas a cabo a lo largo y ancho de la geografía hispana con un objetivo común: dar a conocer el importante legado cultural, cultural y artístico de la fe más allá del espacio y del tiempo. Experiencias cercanas a la que aquí se reseña han sido *Arte y Espiritualidad* en Valencia, *Creo* en Las Palmas de Gran Canaria o *El legado de nuestra fe* en Málaga. Todas estas actividades no hacen sino incidir en la secular relación existente entre el arte y la fe, idea

ésta precisamente ratificada en las palabras que el Papa Francisco, mediante Mons. Rino Fisichella, dirigía el pasado día 22 de junio al público que participó en el concierto del Año de la fe:

«Urge recordar lo importante que está siendo el cristianismo como promotor de la cultura a lo largo de los siglos. Si no hubiese habido fe en Jesucristo, toneladas de partituras musicales se habrían quedado en blanco y, en cambio, la simplicidad del nacimiento de Belén, los momentos más dramáticos de la pasión y la muerte, como la gloria de la resurrección, en resumen, el misterio de la vida de Jesús, el Hijo de Dios, así como la oración de la Iglesia han provocado las mentes de hombres y mujeres geniales que han dado lugar a una milenaria y fecunda historia de música sagrada y clásica que se ha convertido en patrimonio de la humanidad. [...] se puede sostener que esta música junto a otras expresiones del arte sagrado son verdaderos preámbulos a la fe, de los cuales, muchos de nuestros contemporáneos siguen en su búsqueda y constituyen un eficaz instrumento de Nueva Evangelización».

Observemos el tiempo verbal empleado en esta alocución, que aunque referida al ámbito musical se hace extensible al resto de las artes: el presente. Este elemento qui-

zá pudiera pasar desapercibido *a priori*, sin embargo, para quien escribe estas líneas, tiene un interés extraordinario, pues el arte sacro no es en absoluto un conjunto de piezas museísticas cuya finalidad última sea la mera exhibición. Las obras que podemos hallar en Arévalo, como muchas otras que componen ese auténtico patrimonio de la humanidad al que alude el Papa Francisco, revelan el significado primigenio de estas imágenes, esto es, enseñar y afirmar la fe, conmover el alma y alentar el espíritu; en resumen, contribuir a la labor evangelizadora.

La actual exposición de *Las Edades del Hombre* parece dar vida a las palabras anteriormente enunciadas. El conjunto de piezas exhibidas siguen siendo aún hoy portadoras de las mismas ideas y sentimientos que ampararon su creación, así como las realizaciones contemporáneas participan de idénticos fundamentos: una misma fe vista con ojos diferentes, y sentida por corazones nuevos.

El recorrido se inicia con un breve preámbulo en la Iglesia de Santa María a partir de la *Alegoría de la Fe* tallada por Mariano Benlliure en 1902. Monumental y delicada estatua en mármol que, como roca inquebrantable y siguiendo la tradición, nos presenta a una mujer cuyos ojos quedan cubiertos por

un velo, prueba de la absoluta confianza de quien cree sin ver. Imagen ésta que precisamente remite al relieve renacentista de Rodrigo de Holanda ubicado frente a ella con el tema de la *Duda de Santo Tomás*: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído» (Jn 20:29).

Tres personajes con peso específico en la historia de la fe completan este capítulo introductorio. Se trata de Abraham, aquí presente en el *Sacrificio de Isaac*, pintura cercana al círculo de Orrente. El episodio veterotestamentario pone de manifiesto la inquebrantable fe de Abraham, lealtad extrema por la que San Pablo lo reconocería como padre de los cristianos. Y es precisamente San Pablo el siguiente protagonista, pues tras su conversión, interpretada por los pinceles del flamenco G. Franck, la segura esperanza en Cristo le llevaría a erigirse en el apóstol de los gentiles.

El primer capítulo se cierra, como no podía ser de otro modo, con aquella que al decir *fiat* cambió el signo de los tiempos a favor de los planes del Creador: María. En la barroca *Visitación* de autor anónimo, incluida en la muestra de Arévalo, parecen todavía resonar las palabras del *Magnificat*, todo un tratado de teología y una poesía llena de fidelidad, pero también de esperanza y amor a Dios.

El Símbolo de los Apóstoles comienza confesando a Dios como Padre Todopoderoso y Creador, y así lo vemos en la selección de obras que abren el capítulo ubicado en la Iglesia de San Martín. Dios Padre ha sido interpretado por los artistas como un venerable anciano pleno de sabiduría, manifestando su infinito amor en la creación del Hombre y la Mujer, como aparece recogido en el relieve renacentista de Arrabal del Portillo (Valladolid). Sin embargo, la caída en el pecado rompe el proyecto divino, a pesar de lo cual, Dios «clemente y compasivo, lento a la cólera, lleno de amor y de verdad» (Sal 86:15), desde el preciso instante de la caída, anunciará la salvación del género humano, de ahí que hallemos en este espacio la dieciochesca *Inmaculada Concepción* de J. Simón Blasco, cuya iconografía redonda en la promesa del Creador: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcáñar» (Gen 3:15). Por todo ello el dragón, símbolo del mal y el pecado, yace a los pies de María, mientras el Niño Dios hiere con su cruz la testa del monstruo.

Tal y como enseña el Antiguo Testamento, la promesa mesiánica fue continuamente evocada por los profetas, ejemplo a su vez de

la plena confianza en Dios frente a la sinrazón del hombre. La fortaleza de quienes clamaban en el desierto llamando a la conversión sin descanso ni concesiones, queda reflejada de un modo tan intenso como austero en *El Profeta* (1933) de Pablo Gargallo. Bronce singular donde el juego de llenos y vacíos propio del escultor zaragozano, evidencia la autoridad moral de quienes apartados del mundo hallaban en la vida del espíritu el camino para retornar a Dios. Frente al bronce de Gargallo encontramos al último de los profetas, al Precursor. El *San Juan Bautista* (1745) de Luis Salvador Carmona luce una evidente delicadeza rococó no incompatible, sin embargo, con la firmeza de ese gesto que nos descubre al Cordero de Dios, a quien no era «digno de desatar la correa de su sandalia» (Jn 1:27).

Precisamente el último espacio expositivo de *Las Edades del Hombre*, sito en la Iglesia de El Salvador, comienza su discurso con el Cordero de Dios, centro mismo de la fe de los cristianos, a quien el Símbolo de los Apóstoles reconoce como Hijo único de Dios. En la plenitud de los tiempos la Palabra del Padre, recodada por los profetas y esperada por el pueblo que vivía en tinieblas, se hizo carne, hecho éste magistralmente interpretado

en la *Anunciación* procedente de Illescas (1605) de El Greco.

Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado... Pocas imágenes como el *Yacente* (1630) de la Catedral de Segovia, talla de Gregorio Fernández, manifiestan la profunda realidad de estas palabras. Las huellas de la muerte, y del rigor de la pasión sobre una estudiada anatomía, sobrecogen y llaman a la contemplación de tan magno misterio.

El silencio de la pasión redentora se troca en eterna alegría por la victoria sobre la muerte y el pecado, que aquí se plasma en el *Resucitado* (1563?) de Juan de Juni, de la Catedral del Burgo de Osma, obra ésta donde la singular rotundidad escultórica del maestro borgoñés se convierte en metáfora de la victoria del hombre redimido.

Cuerpo glorioso de Cristo que, según espera el fiel que recita el Credo, volverá para juzgar a vivos y muertos, tal y como se plasma en el *Juicio Final* (primer cuarto del siglo XVI) de la Iglesia de San Nicolás de Bari de Burgos. Con el realismo y minuciosidad que corresponde a la pintura hispanoflamenca, se describen todos y cada uno de los sucesivos episodios del día último de la historia, reconstruido, siguiendo la iconografía

tradicional, a partir del Evangelio de San Mateo y del Apocalipsis.

Un mismo capítulo aglutina la confesión en el Espíritu Santo y en la Santa Iglesia Católica, pues en definitiva ésta nace de *Pentecostés* –Pedro de Campaña, siglo XVI–. En el *Tríptico de la nave de la Iglesia*, pintura de taller flamenco del siglo XVI, el aliento del Espíritu mantiene siempre a flote la embarcación, aunque arrecie la tempestad, ésta nunca naufragará.

Interesante es el espacio dedicado a la Comunión de los Santos, donde se confrontan sendas creaciones de períodos tan dispares como el renacimiento y el mundo contemporáneo. La primera obra no es otra que el propio retablo de la capilla Ávila-Monroy de esta misma iglesia, efectuado por Juan de Juni y su hijo Isaac, donde aparecen varios bienaventurados encabezados por María, Reina de todos los Santos. A los pies de dicho retablo, el relieve en bronce de Antonio Oteiza titulado *Los Santos de Ávila* (1990), muestra las efigies de personajes tan significativos como Santa Teresa o San Juan de la Cruz, en ellos la esencialidad propia del arte del escultor donostiarra se

convierte en herramienta idónea para caracterizar el espíritu místico de los castellanos.

Finalmente, la *Resurrección de la carne* (1902), glosada por los pinceles de un Marceliano Santamaría imbuido de cierto regusto simbolista de progenie francesa, da paso al final del Credo de los Apóstoles, la esperanza en la vida eterna. Es el *Cielo* (2013) de Carmen Laffón el óleo encargado de representar tan sublime concepto, se trata de un paisaje cuyo horizonte parece unir lo terrestre con lo celeste, estableciéndose una clara ruptura de las dimensiones físicas de espacio y tiempo, intentando recrear «lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman» (1 Cor 2:9).

El recorrido concluye en el exterior de la iglesia de El Salvador con *Carmen dormida* (2013), colosal bronce de Antonio López que representa la cabeza de la nieta del autor cuando ésta casi acababa de nacer. Sugestivo colofón para una muestra dedicada a la fe, pues en definitiva la fe, como un recién nacido, se caracteriza esencialmente por estar llena de vida y de futuro. ■